JUMBO JUM

FARSA ETIÓPICA EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES ESCENAS,
ORIGINAL DE HERBER POWELL

PERSONAJES

JUMBO JUM.
GOBBLETON.
CHEATMEN.
HENRY MERVILLE.
TRABAJADORES, 1.°, 2.° y 3.°.
ANA.
ADELAIDA.
SEÑORA GOBBLETON.

TRAJES

JUMBO JUM. Traje azul obscuro, chaleco, breeches color marrón, medias grises y peluca de lana; toda la indumentaria muy gastada.

GOBBLETON. Americana marrón, un amplio chaleco de doble pecho, breeches negros, polainas bajas, zapatos negros, corbata blanca y un gran sombrero de alas anchas.

CHEATMEN. Americana y breeches color de pimienta, polainas largas, chaleco de doble pecho, sombrero de alas anchas, corbata blanca, bastón y botas.

MERVILLE. Traje moderno de calle.

LOS TRES TRABAJADORES. Con trajes usuales de obreros del campo.

ANA. Traje elegante, negro, delantal blanco.

ADELAIDA. Elegante traje de calle.

GOBBLETON. Un traje de seda pizarra o marrón, sencillo, pero de buen corte.

ESCENA PRIMERA

Habitaciones de la casa de Gobbleton. Sillas y una mesa con plumas, lápices, tinta, etc.; GOBBLETON y el abogado CHEATMEN, sentados a la mesa.

GOBBLETON.—Pues le decía que ya lo tengo todo dispuesto; hace seis meses que no aparece por Sandy Hook mi mujer. (*Entra Adelaida, que queda en la derecha del escenario, escuchando, pero sin que se den cuenta.*) Y ya no tengo otra preocupación que la de poner mi corazón y mi fortuna a la consecución de mis proyectos y hacerla la segunda señora Gobbleton.

ADELAIDA.—(*De pie.*) ¡Ah! ¡Un convenio secreto para obligarme a un matrimonio! ¡Sin consultar a la protagonista!

CHEATMEN.—¿Pero a ella no le gusta ningún chico? ¿No está enamorada?

GOBBLETON.—Sí, de un joven oficial de la Armada, llamado Henry Merville. Ha tenido la desvergüenza de imponérmelo a mi buena condición, y es que, según ha dicho, le ha robado el corazón. Pero si se intenta casar sin mi consentimiento, ¡yo le juro a usted que me las paga!

ADELAIDA.—(*Adelantándose.*) Querido, generoso guardián de mi corazón, buenos días. (*Cruza sus manos tras la nuca.*)

GOBBLETON.—Buenos días. Pero, ¿qué hacías aquí?

ADELAIDA.—¡Oh! Es que no podía pasar junto al cuarto de mi querido tutor sin resistir mis impulsos de entrar a darle los buenos días.

GOBBLETON.—No, si está bien. Eres una buena muchacha, Adelaida; gracias. Pero ahora vete a tu cuarto. Yo..., yo ten-

go que arreglar algunos asuntos de índole privada con el abogado Sr. Cheatmen.

ADELAIDA.—¡Oh, mi querido, mi generoso guardián! ¡No me envíe usted a ese cuartucho frío! ¡Déjeme salir a dar un paseíto por el jardín! Nada más que un paseíto por el jardín.

GOBBLETON.—Por el jardín..., em..., por el jardín... No me gusta eso, no. Nada, que no; por el jardín, no. Estará el pollito ese paseándote la calle, y a mí no me da la gana, no. Ese crío de Henry Merville se dedicará a echarte miradas inconvenientes, y... ¡Nada, que no! Que no. ¡No quiero! Vete a tu cuarto, entretente durante un rato, que pronto iré yo por allí. Y, además, debo advertirte, tengo que prevenirte, que si intentas casarte sin mi consentimiento, te quedarás sin un solo dólar. ¡Recuérdalo bien! ¡¡Sin un dólar!!... Y, ahora, puedes irte. Pero, a tu cuarto, ¿eh?

ADELAIDA.—¡Oh, mi querido tutor! Encantada. (*En voz baja.*) ¡Viejo chocho! ¡Imbécil! ¡Viejo bruto!

GOBBLETON.—Bueno, vete, pequeña.

ADELAIDA.—Y, entonces, mi querido guardián..., ¿me permitiría usted dar un paseíto por el jardín..., aunque no fuese más que una vueltecita?

GOBBLETON.—¡Vete a tu cuarto! ¡¡Vete!!

ADELAIDA.—No, si ya me voy. Ya me voy. (*Se dirige hacia la izquierda, y entonces vuelve Gobbleton la cabeza y la ve. Intenta dirigirse en diferentes direcciones, hasta que Gobbleton se levanta y la empuja hacia la derecha.*) ¡Pues lo he de ver! ¡Lo he de ver!

GOBBLETON.—¡Vete te digo! ¡¡Vete!! ¡¡¡Veeteeeee!!! (*Sigue empujándola hacia la derecha hasta que sale Adelaida. Luego, Gobbleton se sienta.*) Bueno, ya se fué. ¡Uf! (*Mirando a la puerta por donde salió.*) No, querido Cheatmen, no crea que, a pesar de esto, es mala chica... No, ni mucho menos. Lo que pasa es que algunas veces es algo..., algo testarudita... Sí, tiene la cabeza un poco dura. Le ha entrado la manía esa de figurar en sociedad. Dice que es muy elegante... y que debe hacer un buen papel. Y que deben enseñarla a las reglas del trato social; pero yo...

CHEATMEN.—Pero usted quiere mejor meterla en una "escuela matrimonial", en la que es usted el profesor, ¿verdad, querido Gobbleton?

GOBBLETON.—Esto es. Esto es, querido Cheatmen. ¡No quie-

ro que sea una mujer fatal, ni una vampiresa, no, señor! ¿Para qué? ¡No tiene necesidad tampoco de echarle el anzuelo a ningún crío inexperto, porque para nada necesita ella jóvenes inexpertos! Yo prefiero que se case con un hombre austero, respetable, de su casa, y... ¿por qué no decirlo? ¡entrado en años!... Sí, entrado en años. Porque, ¿qué va a sacar de esos polluelos? Nada en concreto; nada, querido Cheatmen. Lo que necesita, repito, es un hombre respetable y de su casa, y... como no he encontrado ninguno que reuna estas condiciones..., no hay nadie con estas condiciones por aquí..., pues he pensado en ocupar yo mismo el puesto. Bueno, Cheatmen, y como estos son asuntos de cierta importancia, es preferible que lo meditemos bien... y con tiempo por delante. Lo que sí quisiera es que usted me recomendase a un criado que pudiera estar al cuidado de las fincas, si es que usted conoce alguno, por aquí cerca. (*Gobbleton y Cheatmen se ponen en pie y dan unos pasos en dirección a la puerta de la izquierda.*)

CHEATMEN.—Hombre, Gobbleton. Decía usted... ¡Pues sí! Conozco a alguien que pudiera servirle a usted, sí, hombre, sí. Yo sé de una persona de color que quizás le sirva para eso, sí. Pero no nos vayamos, esperémosle aquí, porque no tardará en venir. (*Se oye llamar a la puerta con unos golpecitos.*) ¡Ajáa! ¡Este es!

GOBBLETON.—¿Es éste?

CHEATMEN.—Sí, es un hombre muy preciso, Gobbleton. Dígale usted que haga esto o que haga lo otro, y en seguida lo tiene usted ya hecho. Pero, ¡ah, eso sí! Dígaselo usted con precisión, y no espere que haga más o menos de lo que usted le ha dicho.

GOBBLETON.—Pues si es verdad, éste es mi hombre. Yo creo que querrá ponerse a mi servicio. (*Se oye llamar otra vez.*) ¿Quién anda ahí?

JUMBO JUM.—Nadie. No hay nadie más que yo. (*Asoma la cabeza.*)

GOBBLETON.—¿Este es, Cheatmen?

CHEATMEN.—(*A Gobbleton.*) Sí. (*A Jumbo Jum.*) ¿Por qué no entraste cuando diste la primera vez con los nudillos?

JUMBO JUM.—¿Por qué no me dijo usted que podía entrar?

GOBBLETON.—Bueno, entra.

JUMBO JUM.—Aquí estoy, señor. (*Entra Jumbo Jum por*

la puerta de la izquierda, y que se supone que es la que da al jardín de la casa de Gobbleton.)

CHEATMEN.—Bueno, Jumbo. ¿Te has llegado al correo para ver si tenía yo alguna carta?

JUMBO JUM.—Sí, señor. (*Parándose en el centro de la habitación.*)

CHEATMEN.—Bueno, ¿había alguna?

JUMBO JUM.—Sí, señor, había.

CHEATMEN.—¿Dónde están?

JUMBO JUM.—En el correo.

CHEATMEN.—¿En el correo? ¿Pero no las has traído?

JUMBO JUM.—No, señor.

CHEATMEN.—¿Por qué?

JUMBO JUM.—Porque no me dijo usted que se las trajese. Usted me dijo que me llegase a Correos y viese si había alguna carta para usted. No me dijo que se la trajera. (*Se dirige a la mesa.*)

CHEATMEN.—(*A Gobbleton.*) ¿Qué dice de esto, viejo?

GOBBLETON.—(*A Jumbo.*) ¡Mi hombre! (*Jumbo Jum está mirando los libros que hay sobre la mesa, y no se da cuenta de que Gobbleton le habla.*) ¡Mi hombre! ¿No oyes? ¡Mi hombre!

JUMBO JUM.—(*A Cheatmen.*) ¿No oye, usted, señor, que este caballero le está hablando?

GOBBLETON.—Es a ti a quien hablo, Jumbo.

JUMBO JUN.—¡Oh! ¿Es a este infeliz a quein habla usted?

GOBBLETON.—¿Tú quieres colocarte?

JUMBO JUM.—¡Sí; claro que sí! Yo quiero colocarme, y me encantaría poder hacerlo. ¡Sería algo magnífico!

GOBBLETON.—¿Qué sabes hacer?

JUMBO JUM.—Sé lavar la ropa, limpiar los zapatos, sacar brillo...

GOBBLETON.—¿Y tú podrías tener cuidado de una granja?

JUMBO JUM.—Usted me dice cómo, y no hay más que hablar.

GOBBLETON.—¿Cómo te llamas?

JUMBO JUM.—En todo el orbe me conocen por Jumbo Jum.

GOBBLETON.—Bueno, Jumbo; yo te daré diez dólares al mes y mantenido; ¿te conviene?

Jumbo Jum.—¿Cómo? ¿Diez dólares al mes, comer, beber y dormir, y todo seguro?

Gobbleton.—Sí, Jumbo.

Jumbo Jum.—¿Diez dólares al mes? ¡No puede ser! ¡Nunca he visto tanto dinero junto!

Gobbleton.—¿Quieres quedarte entonces y trabajar para mí?

Jumbo Jum.—¿No voy a querer, señor?

Gobbleton.—Bueno, pues voy a decirte lo que tienes que hacer: Ya sabes que hay muchas mujeres viejas, forasteras, por aquí. Estas mujeres me están devastando mis fundos: saltan las vallas, destrozan los árboles y se llevan los frutos. Por eso, si ves a alguna vieja que merodee por los alrededores, sin hacer caso de lo que diga te lanzas sobre ella y la agarras en seguida.

Jumbo Jum.—¿Y qué debo hacer con ella una vez que la he agarrado?

Gobbleton.—No me importa lo que hagas con ella; si quieres, átala, si no sabes qué hacer con ella.

Jumbo Jum.—Bueno; entonces lo que yo debo hacer es atar a todas las viejas que pasen por los alrededores.

Gobbleton.—Sí. La siguiente cosa que debes hacer es vigilar por la carretera, tener cuidado de la granja y echar de ella a todos los ladrones y vagabundos que la infestan.

Jumbo Jum.—Sí, señor. La segunda cosa que debo hacer es vigilar la finca.

Gobbleton.—Luego quiero que vayas y contrates a cinco jornaleros para que te ayuden a abrir unas zanjas en la parte de atrás de la granja.

Jumbo Jum.—Después iré y contrataré cinco trabajadores que me ayuden a abrir unas zanjas en la parte de atrás de la finca.

Gobbleton.—Y cuando ellos estén cavando, si encuentras muestras mineralógicas las coges y me las guardas.

Jumbo Jum.—Min..., min..., mineralogológicas. ¿Qué es mineragológicas, señor?

Gobbleton.—Son unas piedras de carácter muy especial que se suelen encontrar en la superficie de la tierra. Pero aquí tienes, Jumbo, el "Diccionario Johnson" *(Se dirige a una mesa y coge un libro, que le entrega)*; si tienes alguna

vez duda sobre una palabra, no tienes más que mirarlo, y ten seguridad de que aquí estará.

Jumbo Jum.—¿Y ese señor Johson tenía en la cabeza todas estas palabras? *(Gira los ojos con indescriptible espanto.)*

Gobbleton.—Sí, Jumbo.

Jumbo Jum.—¡Oh! ¡Qué cabeza tendría este señor! De seguro que no cabrían tantas ideas en este puchero negro. *(Se señala la cabeza.)*

Gobbleton.—Y ahora, Jumbo, recuerda lo que te he dicho y todo lo que debes hacer. Vamos, querido Cheatmen; debemos tomar nuestro desayuno. *(Salen Gobbleton y Cheatmen por la izquierda, por la misma puerta por donde entró el negro.)*

Jumbo Jum.—Bueno, pues celebremos este acontecimiento con una canción. *(Comienza a cantar una canción negra cualquiera. La puerta de la derecha, por la que salió Adelaida, se abre y sale Ana, la criada negra.)*

Ana.—Supongo que es usted el nuevo criado que mi amo ha tomado a su servicio.

Jumbo Jum.—Sí, señorita; yo soy ese individuo.

Ana.—Bueno, pues su desayuno está dispuesto.

Jumbo Jum.—No se necesita que mi desayuno esté dispuesto para mí, sino que yo esté dispuesto para el desayuno. *(Sale por la puerta de la izquierda.)*

Ana.—¿Qué especie de animal será la de este tipo? ¡Bah, supongo que será un carcelero contratado por el señor Gobbleton para guardar cuidadosamente a la señorita Adelaida! ¡Sí; para tenerla bajo llave y entre rejas, porque ella, muy justamente, quiere a un joven muy decente! ¡Es una vergüenza, una verdadera vergüenza esto!

Adelaida.—*(Desde dentro.)* ¡Ana, déjame salir!

Ana.—¡Sí; si es igual que un preso en su celda! ¡Gritando para que la dejen salir!

Adelaida.—*(Desde dentro.)* ¡Ana, déjame salir, por favor!

Ana.—¡Me llama, me llama de nuevo!... Me están entrando ganas de desobedecer las órdenes del amo por primera vez en la vida y dejar salir a mi amita a que respire el aire fresco, tan sólo unos minutos... Nada, lo voy a hacer... ¡El dueño no puede regañarme! ¡Esta voz, esta llamada, es para mí

tan familiar como la campana de la comida! ¡Yo me acuerdo de las bendiciones que le echaban al viejo Gobbleton cuando nació! ¡Las lenguas que se hacían de él! ¡Psh! Pero hoy dicen también... que el viejo Gobbleton tiene demasiada lengua y... demasiadas manos. ¡No, no creo que nadie puede compararse en esto a mi amo!

ADELAIDA.—*(Desde dentro.)* ¡Querida Ana, déjame salir, aunque sea sólo unos momentos!

ANA.—¡Ya voy, señorita; ya voy! *(Entra por la puerta de la derecha y se deja oír ruido de llaves como si se abriese una puerta.)* ¡Pase, pase, señorita Adelaida! *(Por la puerta de la derecha sale Adelaida acompañada de la criada negra.)*

ADELAIDA.—¡Muchas gracias, mi querida Ana! ¡No, no creo que llegaré muy lejos con este trato que me dan! ¡Encerrada bajo llave y sin poder hablar ni reunirme con nadie! ¡Estaría mejor en Sing-Sing o en Auburn! (1) ¿Y todo por qué? Porque ese viejo chocho tiene la manía de que debe casarse conmigo; es claro que sin molestarse en preguntármelo a mí. ¿Para qué? No quiero tener por marido al señor Gobbleton, aunque cada uno de sus cabellos fuese un diamante, y cada uno de los diamantes tan gordo como una cereza. ¡Estoy decidida a reclamar mis derechos! Los hombres tienen sus derechos, ¿y por qué nosotras, pobres y desamparadas mujeres, no vamos a tener los nuestros? Voy a fundar una Asociación para defender los Derechos de las Mujeres. Pero bajo mi única responsabilidad. Y de ella seré presidenta, vicepresidenta, secretaria y tesorera yo misma, y voy a fastidiar de lo lindo a mi carcelero.

ANA.—Es cierto, señorita Adelaida; debe usted reclamar sus derechos. De nosotras, las pobres mujeres, ha abusado todo el mundo desde la formación del Globo; es necesario que nos juntemos para defendernos. Dígale usted al carcelero todo lo que le parezca oportuno, y si intenta chistar *(Remangándose)*, aquí me tiene usted. Me llama, y no hay más que hablar.

ADELAIDA.—Cuando mi pobre, mi querido padre, me confió al señor Gobbleton, le dijo que tuviese *cuidado* de mí, y

(1) Famosos establecimientos penitenciarios de los E. U. El primero en tipo de presidio. En Auburn existe un Reformatorio de Mujeres, moderno y científico. (H. de C.)

el exquisito *cuidado* que de mí ha tenido salta a la vista: ha tenido *cuidado* de encerrarme *cuidadosamente* con llave. Y ahora tiene el *cuidado* de que yo me cargue sobre los hombros un *cuidado*... tan agradable como es el mismo Gobbleton. ¡No, no y no!

Ana.—No sabe usted lo que me alegro, señorita, al verla tan tranquila y tan decidida en este respecto. Lo único que debe usted hacer es guardarse del presente y dejar lo demás en mis manos, que yo he de frustrar el intento del viejo Gobbleton para conquistar su mano. ¡Va a rabiar el viejo chocho! ¡Como me llamo Ana Filkins que le vamos a dar el pego! Pero me iré a la cocina, o nuestro suspicaz carcelero se dará cuenta de esto y nos fastidiará. Si oye usted su voz o le ve venir sale usted corriendo y se mete en su habitación. Yo volveré dentro de unos momentos. *(Sale por la puerta de la derecha.)*

Adelaida.—¡Por fin voy a poder tomar un poco de aire fresco, lo que, en las presentes circunstancias, no deja de ser una gran suerte! ¡Oh, quisiera que viniese Harry! ¡He de ser tan feliz cuando sea su mujer, y, a decir verdad, no me importaría mucho que fuese cuanto antes, porque así quedaría libre de este carcelero y tirano viejo! ¡Y quiero tanto a mi Harry! ¡Quisiera también tenerle en mi poder y ser su carcelera; pero para hacerle feliz! ¡Sí; de eso sí que estoy segura! ¡De que él no había de deplorar el que yo fuese su tirano! Me ha dicho y repetido muchas veces: "¡Yo no quiero una mujer que se someta!"

Gobbleton.—*(Desde dentro.)* ¡Ana! ¡Ana!

Adelaida.—¡Oh, esta es la voz de mi cabo de vara! ¡Me la he aprendido en todos los tonos! ¡Voy a irme, y cuando venga Ana he de hablarle a este viejo loco; le voy a decir muchas verdades! *(Sale por la derecha.)*

Gobbleton.—*(Desde dentro.)* ¡Ana! ¡Ana! *(Entra Gobbleton por la izquierda.)* ¡Yo quisiera saber dónde se ha metido! ¡Le estará preparando la fuga a Adelaida con su novio! ¡Pero buen castigo se va a llevar! ¡Si consigue burlar mi vigilancia, que primero hay que hacer eso! *(La puerta de la derecha se abre y entra Ana.)*

Ana.—¿Llamaba el señor?

Gobbleton.—¿Que si llamaba? ¡Me parece! ¡He estado

desgañitándome durante media hora y tiene usted el cinismo de decir si he llamado! ¿Dónde está Jumbo?

Ana.—Ha ido a trabajar al jardín.

Gobbleton.—¿Ha ido a trabajar? Es agradable, desde luego, tener alguien que vigile por uno. Si ese sinvergüenza de Henry viene, dígale a Jumbo que le eche a patadas escaleras abajo. ¿Ha oído usted?

Ana.—Sí, señor; creo que sí.

Gobbleton.—Pues nada más. Yo me voy al jardín, y volveré dentro de una hora o así. *(Sale por la izquierda.)*

Ana.—¡Así te corten la nuez, so canalla! ¡Viejo loco, viejo imbécil! ¡Tener a la señorita Adelaida bajo llave! *(Se dirige a la puerta de la derecha.)*

Henry.—*(Desde dentro.)* Escaleras abajo, ¿eh? ¡Majadero! *(Entra Henry por la puerta de la derecha.)* ¡Oh, Ana! ¿Cómo estás? ¿Dónde está Adelaida?

Ana.—¡Bajo llave la tiene encerrada!

Henry.—¿Por qué?

Ana.—Porque... porque dice que hay muchos rivales a la mano de Adelaida, y la tiene guardada para el mejor.

Henry.—¿Y quién es?

Ana.—¿Que quién es?... Pues él mismo, dice él.

Henry.—¡El! ¡Viejo loco! ¿Pero supone siquiera por un momento que Adelaida puede quererle? ¡A ese viejo! ¡Pero ese hombre está guillado! ¡Está en la luna! ¡La idea tan sólo de que el viejo Gobbleton, un hombre que tiene casi la edad de mi padre, puede presentarse como candidato a la mano de Adelaida es deliciosa! ¡Deliciosa e indigna! ¡La única solución que veo a todo esto es huír con Adelaida y arrancarla de los brazos de ese viejo loco! ¡Y también otra solución: que es romperle la crisma a ese viejo guillado! Los dos recursos son desesperados, pero debo emplear uno de los dos. Ahora, Ana, dime: ¿cuál te parece mejor?

Ana.—¿Cuál me parece?

Henry.—Sí.

Ana.—Indudablemente, romperle la crisma al viejo loco. Pero creo que va a encontrar algunas dificultades para eso.

Henry.—¿Qué dificultades?

Ana.—Puede que no le sea tan fácil romperle la crisma.

Henry.—¿Que no? Tengo mis manos..., un cuchillo..., mi pistola... ¡Lo que sea!

ANA.—Si le da con las manos en la cabeza, se hará daño; si le tira un hachazo, se le mella la hoja, y si le pega un tiro, rebota la bala. ¡Infalible!

HENRY.—Es verdad, y será mejor emplear ese método anticuado y ridículo que se llama "rapto". ¿No te parece, Ana, que es vergonzoso ver a tu amita encerrada bajo llave, sacrificada a este cacique viejo? Déjala salir unos momentos, nada más que unos momentos. La vas a dejar, ¿verdad que la dejas salir?

ANA.—¿Pero qué quiere usted que le diga a mi amo si se entera de que yo la he dejado salir?

HENRY.—No tiene por qué saberlo, Ana. Tú no vas a decírselo. Y nosotros seremos prudentes. Déjala salir un momento. Un momento, Ana.

ANA.—No, no, señor; no la puedo dejar salir. ¡Qué diría mi amo! ¡Lo que me había de regañar! Nada más con enterarse de que estoy hablando con usted. No; no la dejo salir. Puede venir mi amo, y entonces no quiero pensar lo que pasaría.

HENRY.—Si hace falta, yo te colocaría en otra casa. En un puesto mejor, mucho mejor todavía, Ana. Dame la llave.

ANA.—Pero ya sabe usted...

HENRY.—*(Dándole dinero.)* Nada, Ana, que no hay más que hablar.

ANA.—*(Dándole la llave.)* Es que... verdaderamente, señorito Henry..., tiene usted unas palabras tan persuasivas que no hay quien le resista... *(Henry sale por la puerta de la derecha, se deja oír un ruido como si funcionase la cerradura de una puerta, y, a poco, sale seguido de Adelaida.)*

HENRY.—Y ahora, Adelaida mía, sal de tu prisión.

ADELAIDA.—¡Oh, mi Harry! *(Le abraza.)* ¿Pero no sabes que mi carcelero dice que quiere casarse conmigo? ¿Obligarme a ello?

HENRY.—Sí, y ya tengo pensado el único medio de que no ocurra nada de esto.

ADELAIDA.—¿Cuál? ¿De qué modo?

HENRY.—Fugarnos; debemos fugarnos, Adelaida. Deja a este carcelero, a este viejo asqueroso. ¡Vamos, pronto! ¡Pronto! Cuanto antes, mejor, Adelaida. Yo tengo fortuna y dinero suficiente para la fuga. Nos casaremos lejos de aquí y

viviremos felices, sin pensar ya siquiera en este viejo loco. ¡Pronto, pronto! ¡Vámonos, Adelaida!

ADELAIDA.—¡Oh..., entonces tú dices un rapto!... ¡Un rapto! ¡No, Henry! ¡No, Henry; un rapto, no! Por lo pronto, nos cogerían en seguida, y veríamos nuestros nombres en letras de molde. El "Heraldo" traería un artículo de fondo con el título: "Un rapto de una señorita de sociedad", y contaría todos los particulares y las minuciosidades más inútiles. Entonces, el "Sol" traería unos párrafos calurosos, encabezados por el título: "*Un match de cross country*", y veríamos nuestros nombres en negrillas en todos los periódicos. ¡No; no, Henry! ¡No quiero, no, Henry! ¡Un rapto, no!

HENRY.—No te preocupes de eso, Adelaida. Podemos hacer otra cosa: huyamos en seguida, vamos al Registro civil más próximo y nos casamos allí. Luego venimos aquí e imploramos la piedad de tu carcelero, le pintamos todo nuestro cariño, su conducta odiosa, y si se convence por sí solo, bien, y si... si no se convence..., le convencemos de otro modo más contundente. Y yo cantaré entonces, cuando estemos casados: "Be mine, dear maid" ("Sé mía, nena querida").

ADELAIDA.—¡Oh, por mí!... ¡Yo bien quisiera que lo pudieses decir! ¿Pero y si nos descubren?

HENRY.—No te preocupes... No te preocupe esto, nena. Salimos, llegamos allí, y en una hora estamos de vuelta. Entonces podemos desafiar a tu guardián y a su ayudante, el abogado Cheatmen. *(Salen Henry y Adelaida por la puerta de la derecha.)*

ESCENA II

La escena transcurre en un jardín. El jardín de que se ha hablado en la escena primera. En ella se encuentran, al alzarse el telón, JUMBO JUM. JUMBO JUM tiene en sus manos cuerdas y palos de tender la ropa. En el suelo hay cepillos, cubos y jabón. Un jarro con agua.

JUMBO JUM.—¡Uf! ¡Qué trabajo! *(Se seca el sudor con un pañuelo.)* ¡Bueno, vamos a tender la ropa! *(Entra Ana.)*

ANA.—La señorita Adelaida y el señorito Henry se han marchado para casarse; si el amo se entera, ¿qué va a pasar aquí?

JUMBO JUM.—¡Ah, una vieja! ¡Ten cuidado, vieja, que te voy a coger! *(Tira la ropa por el alto.)* Mi amo me dijo que atase a todas las mujeres que encontrase merodeando por aquí. Sí; dijo "mero-de-ando, mero-dean-do"...; Sí; eso debe ser... *(Se lanza sobre Ana y la ata a un árbol con la cuerda de la ropa.)*

ANA.—¡Socorro! ¡Auxilio, asesinos! ¡Socorro, que me mata!

JUMBO JUM.—¡Cállate, tizón! ¡Que te calles, ti... zón!

ANA.—*(Defendiéndose.)* ¡So... corro! ¡Soco... rro! ¡Auxi... lio! ¡Asesino! *(Entra Gobbleton por la izquierda.)*

GOBBLETON.—Bueno, ¿pero qué es lo que pasa? *(Se vuelve y ve a Ana atada al árbol, y entonces se sonríe.)* Pero, Jumbo, ¿por qué diablos has hecho esto?

JUMBO JUM.—Un minuto nada más, señor; por favor se lo ruego. *(Sacando un papel de su sombrero, lee.)* "Número 1. Agarrar a todas las mujeres viejas que merodeen por el jardín y atarlas."

GOBBLETON.—*(Riendo.)* Bueno, Ana, perdónalo. *(Desatándola),* porque no ha tenido tiempo de saber quiénes habitan en casa. *(Jumbo Jum se arrodilla en el suelo y empieza a restregarlo con todo entusiasmo, como si lo estuviera limpiando.)*

ANA.—*(Sacudiéndose.)* ¡El animal! ¡Hay que ver qué bruto! ¡Como me llamo Ana que me las va a pagar!

GOBBLETON.—*(Rascándose la barbilla con perplejidad.)* ¡Eh..., Jumbo! ¿Pero qué demonios estás haciendo ahí, eh? Di.

JUMBO JUM.—Espere un momento, señor, se lo ruego, por favor. *(Saca el papel de dentro del sombrero. Lee.)* "Número 2.—Debo limpiar el jardín de los ladrones"... Em... Y como no entendía bien lo que era "limpiar", pues me he ido a ver lo que dice el Diccionario, y he visto: "Limpiar. Acción y efecto del que limpia; restregar, estregar, fregar, etc." Y yo me dije que, por lo menos, debía dar al suelo algún que otro fregado... Yo no había visto, sin embargo, hasta ahora que se fregasen los jardines; pero cada día aprende uno una cosa nueva, como nos decía nuestro profesor en el colegio.

GOBBLETON.—¡La de días que vas a tener que vivir para poder aprender algo! No; no tienes por qué fregar el suelo del jardín, y menos con esa furia. ¡Este demonio de negro me va a volver loco! Jumbo, ¿has contratado a esos cinco jornaleros que te dije?

JUMBO JUM.—Sí, señor.

GOBBLETON.—Bueno... Vamos, por fin... ¡Por fin has hecho algo a derechas! ¿Dónde están?

JUMBO JUM.—Están ahí, señor, detrás de la tapia.

GOBBLETON.—Díles que entren, que quiero ver cómo son y si están bien dispuestos para el trabajo.

JUMBO JUM.—Sí, señor; ya voy. ¡Yo creo que esta vez no me he equivocado! *(Sale por la izquierda.)*

GOBBLETON.—Este tipo es verdaderamente un digno representante de una Sociedad de defensores de los intereses de los lunáticos en la tierra. ¡Estaría muy bien en una casa de guillados! Ana, dame la llave.

ANA.—¡Oh, no señor! ¡No, por favor!

GOBBLETON.—¿Por qué no? ¿Para qué quieres la llave?

ANA.—¡Oh, señor! ¡Oh, señor!

GOBBLETON.—Pero vamos, anda... ¿Qué te pasa, Ana?

ANA.—¡Oh, mi amo! ¡Mi amo! *(Cae de rodillas.)*

GOBBLETON.—Pero, bueno, ¿qué es lo que te pasa?

ANA.—Se ha ido..., se ha fugado...

GOBBLETON.—¿Quién? ¿De quién hablas?

ANA.—Que se ha ido..., señor; que se ha fugado. Se ha fugado con el señorito Henry al...

GOBBLETON.—¡Demonio!

ANA.—No, señor. Al Registro civil. *(Sale. Entra Jumbo seguido de tres hombres. Uno de mediana estatura, el otro algo más bajo y el tercero extraordinariamente alto y corpulento, respirando todo él fortaleza y poder. Los tres trabajadores son negros, y van vestidos como obreros del campo, en mangas de camisa y con un delantal de peto con tirantes, con gorras.)*

JUMBO JUM.—*(Señalándolos.)* Aquí están, señor.

GOBBLETON.—¡Bueno, Jumbo; vamos a ver a éstos! *(Mirando al primero, el más chiquitín.)* ¡Psh! Demasiado bajo; pero vamos, creo que servirá. Este está bien. *(Señalando al de estatura mediana.)* Y éste, ¡magnífico! *(A Jumbo.)* ¿Y los demás?

JUMBO JUM.—¿Quiénes, señor?

GOBBLETON.—Los otros trabajadores.

JUMBO JUM.—¿Cuáles?

GOBBLETON.—¡Acabaremos! Los otros dos. Yo te dije cinco.

JUMBO JUM.—¡Sí, señor! *(Señalando al gordo.)* ¡Pero es que éste vale por dos! *(Gobbleton agarra uno de los palos de tender la ropa.)*

GOBBLETON.—¡Bueno...; contrata a otros dos! ¿Entiendes? ¡A otros dos!... ¡Con dos brazos y dos piernas cada uno! ¡En total, cuatro brazos y cuatro piernas! ¡Pero con cara de persona..., porque tú eres capaz de traerme un borrico!

JUMBO JUM.—*(Apuntando en el papel.)* Cuatro brazos y cuatro piernas de un hombre solo.

GOBBLETON.—*(Cogiendo el papel y escribiendo en él.)* Dos trabajadores en dos personas distintas. *(Le devuelve el papel.)* ¿Entiendes lo que te digo? Dos trabajadores. No uno que valga por dos. ¡Tizón! ¡A ver si así te enteras!

JUMBO JUM.—Sí, señor; ya me entero: dos personas distintas.

GOBBLETON.—Bueno, ahora vosotros enteraos de lo que os voy a decir. *(A los trabajadores.)* Deberéis cavar en este jardín, y si encontráis muestras mineralógicas me las enseñáis, ¿sabéis?

LOS TRABAJADORES.—Sí, señor. *(Salen los tres. Sale Gobbleton también. Los trabajadores, por la izquierda, y Gobbleton, por derecha.)*

JUMBO JUM.—¡Ah! ¡Aquí viene la vieja que até esta mañana! *(Entra Ana por la derecha.)*

ANA.—No sé si estará aquí el moreno ese... Quería decirle que llevase este traje al tinte de Simpkins para que lo limpien, porque está bastante sucio, y necesita un buen planchado... *(Se vuelve y ve al negro.)* ¡Ah, está usted ahí?

JUMBO JUM.—Sí, señorita; aquí estoy.

ANA.—Jumbo, ¿querría usted hacerme un favor?

JUMBO JUM.—¿El qué, señorita?

ANA.—Nada más que llevar esto a Simpkins a que lo limpien, y subirse lo que tenga allí ya limpio de nuestra casa.

JUMBO JUM.—¿Cuánto me va a dar?

ANA.—¿Darle?

JUMBO JUM.—¡Oh, sí! ¡Es el punto más interesante de los negocios! No voy a ir allá abajo de balde.

ANA.—*(Confusa.)* ¿Pero habrá habido nunca un animal mayor que éste? Bueno, Jumbo, aquí hay medio dólar. ¿Tiene usted cambio?

JUMBO JUM.—*(Cogiendo la moneda y mirándola por todos los lados.)* Primero veremos si es buena. Sí; parece que es buena, sí. Deme el traje.

ANA.—Deme usted el cambio.

JUMBO JUM.—No.

ANA.—¿Cómo que no?

JUMBO JUM.—Como que no.

ANA.—¿Cómo que no? Me debe usted dos chelines de cambio.

JUMBO JUM.—¿Por qué?

ANA.—¿No le he dado a usted medio dólar?

JUMBO JIM.—Sí, puede ser.

ANA.—¿Y no le he prometido a usted darle la mitad de

ese medio dólar si llevaba usted el traje al tinte del señor Simpkins?

JUMBO JUM.—Sí, vieja; me dijo usted eso. Pero no me dijo usted sólo eso, sino algo más que eso. Me dijo usted que me trajese toda la ropa que tuviesen limpia allí que fuese de nuestra casa. Y creo que no me van a dar la ropa de balde.

ANA.—¡Oh, este bestia! *(Sale por la derecha.)*

JUMBO JUM.—Bueno; el caso es que le he hecho soltar el medio dólar a la vieja esta. Ahora voy a ver al señor Simpkins, ese, y veremos lo que tiene que hacer con el traje. "Tinte" ha dicho la vieja. "Tinte"...; vamos a ver qué es "tinte" en el bueno del señor Johnson ése. En el Diccionario. *(Saca el libro del bolsillo.)* "Tinte"... *(Lee.)* "Tinte; acto y efecto de teñir. Dar tinta"... ¡Ya lo sé! ¡Psh! ¡Y para esto tengo que bajar! ¡Qué perezosa es esta mujer! ¡Yo lo haré muy pronto! *(Deja el traje en el suelo y entra en la casa, de la que sale a poco con un gran frasco de tinta.)* ¡Ya está aquí! *(Destapa el frasco y se agacha, vertiendo la tinta en el traje.)* ¡Qué mujer más bruta! ¡Siendo tan fácil y tan sencillo! ¡Ya me he ganado medio dólar! ¡Ya me he ganado medio dólar! *(Entra Gobbleton por la izquierda.)*

GOBBLETON.—¿Qué haces, Jumbo?

JUMBO JUM.—Nada, señor; estoy arreglando estas cosas para el tintero del señor Simpkins.

GOBBLETON.—¡Ah, tú quieres decir el tintorero!

JUMBO JUM.—Sí, eso; el tintorero. Yo mismo he hecho de tintorero...

GOBBLETON.—¿De tintorero? ¿Has sido tú tintorero alguna vez?

JUMBO JUM.—Sí, señor.

GOBBLETON.—¿Cuándo?

JUMBO JUM.—No hace mucho, señor.

GOBBLETON.—¡Ah!, y hablando de otra cosa, ¿me has llevado todas las muestras mineralógicas que has encontrado en el jardín?

JUMBO JUM.—Sí; sí, señor; todas. Allí las tiene usted sobre la mesa. He puesto todos los adoquines que he encontrado.

GOBBLETON.—¡Adoquines! ¿Por qué?

JUMBO JUM.—Me dijo el señor que todos los *pedruscos* que encontrase en la superficie de la tierra.

GOBBLETON.—¡Adoquines, no! ¡Adoquín! Di, Jumbo, ¿tú conoces a alguna chica que quiera casarse?

JUMBO JUM.—Sí; sí, señor. Yo conozco millares: Dina, la lavandera; Lucy Long, la planchadora, y...

GOBBLETON.—No; yo no quiero ninguna lavandera... Yo quiero una muchacha elegante. De labios rojos, ojos negros, cabello negro...

JUMBO JUM.—Sí, señor. A ver si lo sé: Usted quiere una mujer con dos ojos negros, cabello rojo, cara negra...

GOBBLETON.—¡No, no, no! Yo quiero una jovencita de cara blanca, ojos bonitos y pelo negro.

JUMBO JUM.—Sí; ahora lo sé bien. ¿Quiere usted algunas chicas bonitas? Por ejemplo..., por ejemplo..., ¿media docena?

GOBBLETON.—¡No, no; una ya es bastante!

JUMBO JUM.—Sí, ya sé. Usted quiere sólo una chica bonita. Grandes ojos negros, cabellos negros.

GOBBLETON.—¡Sí; basta! ¡Nada más negro!

JUMBO JUM.—¿Labios rojos?

GOBBLETON.—Sí.

JUMBO JUM.—¿Una pierna?

GOBBLETON.—¿Eh? ¡No; dos piernas!

JUMBO JUM.—¡Oh, sí; dos piernas y un brazo!

GOBBLETON.—¡No, tizón! Dos piernas y dos brazos.

JUMBO JUM.—Dos piernas.

GOBBLETON.—Y dos brazos. Si me encuentras una mujer, te doy quince dólares.

JUMBO JUM.—Señor, ¿no sería mejor que me lo pusiese en un papel?

GOBBLETON.—¿Pero no lo has aprendido?

JUMBO JUM.—Sí; creo que sí. Sí, señor, sí.

GOBBLETON.—Pues ya sabes. Quince dólares te doy. *(Sale.)*

JUMBO JUM.—El amo quiere una mujer y me da quince dólares. ¡Está bien! ¡Quince dólares! ¡Psh! Los gustos son una cosa...; cada uno, en fin, piensa como quiere. *(Mueve la cabeza.)* Yo había oído de gentes que daban doscientos dólares por dos o tres mujeres; pero éste no quiere más que una...; pero tampoco da más que quince dólares. ¡Es económico! Lo que no puedo entender... No, no sé muy bien eso. Decía... Vamos a ver... Sí; mejillas negras, ojos rojos, la-

bios negros, pelo rojo y una pierna. ¡Psh! ¡Los hay caprichosos! *(Pausa.)* ¡A mí me gustaría tanto una buena morena..., morena del todo...; todo moreno! ¡Pero, en fin! ¡Psh! ¡Ojos rojos, mejillas negras, labios negros, pelo rojo y una pierna! ¡Qué señores nos da Dios! ¡Cómo está el mundo, cómo está el mundo!

ESCENA III

Una habitación, en la casa de Gobbleton. La misma decoración de la escena primera. Una mesa con lápices, plumas, papeles y libros. Unas sillas. Dos puertas, una a la derecha y otra a la izquierda.,

GOBBLETON.—¡Yo quisiera saber dónde está metido todo este tiempo ese Jumbo! ¡Me dijo que volvería una hora después, y han pasado tres y no ha vuelto! *(Se oye la voz de Jumbo, que viene cantando una canción negra cualquiera.)* ¡Ya está aquí por fin! *(Entra Jumbo por la izquierda.)* Bueno, Jumbo, ¿has hecho lo que yo quería?

JUMBO JUM.—Sí, señor.

GOBBLETON.—¿Y has encontrado una mujer para mí?

JUMBO JUM.—Sí, señor.

GOBBLETON.—¿Dónde está?

JUMBO JUM.—En la puerta. No quiso subir, no quiso pasar de la puerta, y eso que había preguntado por usted. Dijo que quería verle. He visto su hermosísimo rostro, y le he preguntado si tenía algún impedimento para contraer matrimonio; me dijo que no. Entonces le dije lo ansioso que estaba mi amo por tener una mujer y que estaba usted dispuesto a darle todo lo que quisiese, y, en fin, esas cosas que todo buen negro sabe decirle a una chica.

GOBBLETON.—¿Y te dijo que quería verme?

JUMBO JUM.—Sí, sí. Me dijo que quería verle a usted, señor.

GOBBLETON.—¡Oh! ¿Dónde está? ¡Oh, qué abrazo más fuerte voy a dar a esa adorable criatura!

JUMBO JUM.—No sabe usted la de muchachas que he estado viendo: todas las que había en la ciudad. *(Sale por la*

izquierda. La puerta se abre a los pocos momentos y entra Jumbo Jum llevando de la mano a una mujer tapada por un velo.) Señor, aquí está.

GOBBLETON.—*(En tono enfático y cursi.)* Alce el velo que cubre ese hermoso rostro y permítame que me inunde el gozo de su belleza. *(La mujer se quita el velo.)* ¡Cielos! ¡Demonios! ¡Mi mujer!

SEÑORA GOBBLETON.—Sí, señor; su mujer. ¡Tú mujer, la mujer que tú creías que no existía! ¡Sí, tu mujer! ¡Cuando naufragó el bote me dejaste a merced de las olas; pero yo tuve energía suficiente para salir con bien de esa peligrosa situación. He estado en cama seis meses, y tú creías y esperabas que estuviese muerta. Pero ya ves como he vuelto.

GOBBLETON.—Sí, ya lo veo, ya.

JUMBO JUM.—Ya lo decía yo: la vieja esa volverá. *(Entra Cheatmen.)*

CHEATMEN.—Buenas tardes, Gobbleton. Yo venía a hablar con usted para concluir ese pequeño negocio.

JUMBO JUM.—¡Nos han dado a todos en la cabeza! La vieja esa ha vuelto. *(Señala a la señora Gobbleton.)*

CHEATMEN.—¡Cómo! ¿La señora Gobbleton?

JUMBO JUM.—Sí; ella es. Nos ha fastidiado, ¿eh? *(Entra Ana por la puerta de la derecha.)*

ANA.—Bueno, Jumbo; ¿me ha traído usted la ropa del tinte?

JUMBO JUM.—Sí, señorita; aquí está. *(Le da una caja de ropa.)*

ANA.—*(Abriendo la caja.)* ¡Oh! *(Se lleva las manos a la cabeza.)* ¡Oh! ¡Oh! ¿Pero qué es esto? Tengo todo el traje lleno de tinta. ¡Oh!

JUMBO JUM.—¿No me dijo usted "tinte"? Tinte me dijo usted, sí. Pues he ido a ver en el libro de maese Johnson, y ahí dice: "Tinte: Acto y efecto de teñir. Dar tinta..." Y yo he pensado que sería más sencillo darle aquí mismo la tinta que ir a buscarla allí abajo. Soy yo muy dispuesto para todos estos negocios.

ANA.—¡Vete, bestia! ¡Fuera, bruto! ¡Mi traje!

JUMBO JUM.—¡Hum! ¡Voy a creer que la única persona tratable aquí es la vieja esta (*Señalando a la señora Gobbleton*), que todavía no me ha llamado nada! *(Entran Ana y Adelaida por la puerta de la izquierda.)*

Henry.—*(Arrodillándose delante de Gobbleton.)* ¡Su bendición!

Gobbleton.—¡No, señor! ¡No tengo nada que ver con usted ni con ella! ¡Ni con ella tampoco!

Adelaida.—*(Arrodillándose también ante Gobbleton, junto a Henry.)* ¡Querido tutor, mi querido carcelero: deme usted su bendición y le prometo no decir nada a nadie! ¡Lo olvidaré todo!

Gobbleton.—¡No, no y no!

Jumbo Jum.—¡Vamos, viejo! ¿No ve usted a los pobres pequeños? ¡Pobres jovencitos! ¿Por qué no les va usted a dar la bendición? ¡Ande, deles usted la bendición y no hay más que hablar!

Señora Gobbleton.—Yo quisiera preguntar qué es lo que no va a decir esta señori...

Gobbleton.—*(Fulminante.)* ¡Bueno; tomad mi bendición y sed muy felices! *(A señora Gobbleton.)* ¿Que qué tengo que olvidar? ¡Nada, amor mío! ¡Todo lo contrario!... ¡No olvidarme de ti!... *(Adelaida y Henry se levantan.)*

Señora Gobbleton.—Todos olvidamos, sí. *(Gobbleton abraza a señora Gobbleton, Henry a Adelaida y Jumbo Jum a Ana, que guarda el traje en la caja de la ropa y le empuja.)*

Ana.—¡Vete, negro del demonio!

Jumbo Jum.—¡Oh, esta vieja no formaría parte del partido abolicionista, sino que sería jefe de los esclavistas! *(A Gobbleton.)* ¡Señor, yo creo recordar que tengo contra usted una letra de quince dólares!

Gobbleton.—No, no recuerdo de qué se trata.

Jumbo Jum.—*(Sacando un papel del zapato.)* Sí, señor, sí. Quince dólares.

Gobbleton.—No recuerdo, no, Jumbo. Es inútil que insistas en esto.

Jumbo Jum.—¿Pero no recuerda el señor? Si es porque me dijo que...

Gobbleton.—*(Metiéndose la mano en el bolsillo y sacando el dinero.)* ¡Sí, sí, ya me recuerdo! ¡Sí, ten, toma, Jumbo!

Jumbo Jum.—¡Ya decía yo!... Porque el señor me dijo...

Gobbleton.—*(Pisándole.)* ¡Calla, tizón!

Jumbo Jum.—¡Ueeeuuueee! *(Agarrándose el pie.)* ¡Uuuu!

Gobbleton.—¿Qué te pasa?



JUMBO JUM.—(*Agarrándose el pie.*) ¿Qué me pasa? No me pasa. Me pisa...

GOBBLETON.—Bueno, pues como ya no necesito de tus servicios, puedes estimarte despedido.

JUMBO JUM.—¡Pobre negro!... ¡Ya no puede ganar nada! ¡Ya no tiene amo!

HENRY.—Jumbo, si quieres entrar a nuestro servicio, nosotros seremos tus amos.

JUMBO JUM.—¡Oh, sí, encantado! Sí, señor. Y supongo que no han de mandarme tan extrañas cosas como me mandaba mi anterior amo.

GOBBLETON.—¡Pero, calla, tizón! ¡Que te calles! (*Le da una moneda.*)

JUMBO JUM.—¡Oh, señor! ¡De hoy en adelante no habrá mudo mayor! Pero, para más seguridad, ¿quiere usted apuntarlo en un papel? Porque, así, le aseguro que lo cumpliré. ¡No habrá negro más mudo que Jumbo Jum!

FIN DE JUMBO JUM